

José Emilio Pacheco, cuentista

Hasta ahora, la obra de José Emilio Pacheco como cuentista era conocida básicamente a través en dos volúmenes: *El viento distante* (1963, revisado en 1969) y *El principio del placer* (1972). Pero varios otros cuentos, relatos y breves ejercicios narrativos aparecidos en revistas o en algún cuaderno de cortísima tirada, permanecían inaccesibles a los lectores fuera de México. El autor ha tenido la buena idea de recoger todo ese material disperso y escrito entre 1956 y 1984, en un volumen titulado *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales* (1). El libro sólo tiene la virtud de salvar un material que no estaba integrado al corpus principal de su autor, sino que nos confirma lo que podía sospecharse por sus libros anteriores: Pacheco es uno de los mejores cuentistas mexicanos y de los más completos hoy en Hispanoamérica. La característica modestia de la indicación en el presente título —“y otros cuentos marginales”— no debe, pues, confundirnos: éste es un aporte central a la narrativa contemporánea, que cambia o aclara nuestra imagen del Pacheco cuentista y lo muestra en su dimensión real.

Los casi veinte años de creación reunidos aquí siguen, en líneas generales, las mismas etapas y cambios que se registran en su obra poética, y que lo llevan de la pulcra dicción inicial a la irónica y punzante visión de su madurez, y de allí a la amargura y el desencanto de su presente estación. Pero lo interesante es comprobar cómo, a pesar del amplio arco cronológico que cubren y de la variedad de tonos y temas, estos cuentos reflejan siempre la misma voz, las mismas preocupaciones e imágenes con las que el autor trata de descifrar el mundo en el que vive. Y algo todavía más decisivo: a pesar de que sus formas y símbolos están del todo ajenos a la grandiosidad retórica o ideológica, sus historias se atreven a tratar ciertos asuntos de extremada complejidad o de la más dramática urgencia. Aún sus más juveniles ejercicios y juegos de la imaginación (algu-

(1) José Emilio Pacheco, *La sangre de Medusa*, México: Ediciones Era, 1990, 136 pp.

nos publicados originalmente bajo seudónimo) nos dicen siempre algo grave o trascendente, y lo dicen con naturalidad y serenidad estéticas. Un ejemplo: Pacheco señala en su nota preliminar que “La noche del inmortal”, junto con “La sangre de Medusa” (ambos fueron publicados en un cuaderno en 1958 que llevaba este último título), deben ser “los primeros cuentos mexicanos que ostentan el influjo descarado de Borges” (p. 10). Tal vez eso sea más cierto respecto del segundo, pero el primero intenta algo que no se animó a hacer Borges: contar en diez páginas prácticamente la historia de la humanidad en guerra, desde las campañas de Alejandro el Magno hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Una idea recurrente atraviesa el relato y da cohesión al contrapunto de escenas que abarcan distintos siglos: nacido de sentimientos nobles o turbios, el afán de conquista y destrucción del hombre es siempre el mismo a lo largo de la historia; las conquistas de Alejandro, la conspiración de su contrafigura Eróstrato y el asesinato el Archiduque austro-húngaro, son meras variantes interpretadas por actores distintos. Aunque impecable y precisa, la reconstrucción histórica no es lo más importante, sino el imaginativo juego de relaciones y analogías que el autor establece entre hechos reales sin aparente conexión entre sí.

Este cuento da una pauta de las líneas esenciales que orientarán su producción futura: será la obra de un lector voraz, que usa ficciones ajenas, biografías de personajes célebres o noticias leídas en periódicos, para decir algo que es, otra vez, nuevo; pero también la obra de un testigo, atento al acontecer del mundo que lo rodea y que reacciona vivamente a los signos de decadencia, atrocidad o violencia que distinguen la vida contemporánea. Riguroso estudio y cabal observación (cualidades del notable periodista que también es), visión interior y visión objetiva alcanzan un raro equilibrio en estos textos. Puede decirse que la obra cuentística de Pacheco, que usa diversos lenguajes narrativos, incluyendo el de la alegoría y la parábola, da sus mejores frutos cuando disuelve el canon realista en la zona de lo fantástico, o viceversa; cuando, con rara maestría, atraviese y explora los límites de ambos.

Así, el conjunto puede agruparse de acuerdo con el grado y forma en que los dos planos se iluminan mutuamente. En varios relatos de textura realista domina el tema político. Pacheco lo trata con una discreción singular: el ángulo es siempre íntimo, en doloroso cuestionario moral antes que una arenga ideológica con posiciones ya asumidas. En “Teruel” un niño (el hijo de un refugiado de España) intenta un pueril suicidio y en su fracaso descubre lo que es la verdadera muerte, la de los héroes de la guerra española. “El torturador” es un penetrante estudio de cómo la vida, mediante un entrecruzamiento de pequeños incidentes y circunstancias, va configurando a un futuro torturador, cuyo desti-

no final no es menos trágico que el de sus víctimas. El mismo asunto reaparece más tarde en “Las máscaras”, pero esta vez el punto de vista es el de una víctima y la forma retórica, un interrogatorio sobre el casual encuentro que el protagonista tuvo con el hombre que lo torturó; lo que descubrimos es que puede haber una venganza peor que la muerte misma.

Pero el tratamiento más sugestivo del tema político de actualidad (en ambos, la crisis mexicana) se encuentra en dos piezas —“Gulliver en el país de los megáridos” y “La catástrofe”— que aprovechan, característicamente, ficciones de otros autores: Swift y Eça de Queiroz. Ambos confirman la conocida habilidad del autor para realizar, en prosa y poesía, estas variaciones y adaptaciones de textos ajenos a la situación que quiere tratar. (El procedimiento se registra en otras partes del libro, como en “Dentro de una esmeralda”, microhistoria que Pacheco pide prestada a Díaz Mirón.) Lo notable es que esa utilización de las ideas de otros no le impide hacernos llegar las inflexiones de su voz, ni expresar su crítica más personal y amarga; y, al mismo tiempo, el lector siente que, si Swift o Queiroz hubiesen vivido en nuestra época, muy bien podrían haber escrito estos textos. “Gulliver...” tiene una ironía helada y convincente, pero “La catástrofe” es un caso todavía más notable, porque la crítica del México de hoy (entregado al cinismo y a la indiferencia) se proyecta a un futuro posible: la invasión de los *marines* que sería su justa sanción. Dice al final en anónimo narrador-testigo: “y en vez de esforzarnos por salvar *este país*, el único que tenemos, bebíamos whisky y echábamos a andar nuestras videocasetas. Ah generación cobarde, qué bien castigada fuiste” (p. 136).

Otro grupo de relatos presenta imágenes críticas de la comedia humana, aleccionadores cuadros de costumbres que le permiten a Pacheco examinar cómo las pequeñas traiciones morales han llevado la sociedad moderna al borde de su autodestrucción. “El enemigo muerto” hace una penetrante reflexión sobre las miserias de la vida literaria (que tiene un vago eco de Henry James), con sus pugnas entre maestros prestigiosos y jóvenes aspirantes, y sus ciclos de admiración y negación de los grandes hombres. “Paseo en el lago” es una aguda viñeta de los horrores de la vida provinciana y la moral pequeñoburguesa. El ambiente es Veracruz y los personajes, un joven matrimonio y la tía de ella. El grotesco final parece burlarse cruelmente del protagonista, que pierde trabajo y mujer como consecuencia de su absurda aventura; su conclusión es que sólo la falta de experiencia puede explicar lo que le ha pasado: “No sé nada del mundo y todavía tengo mucho que aprender del tiempo y de las relaciones entre los humanos” (p. 61). En “Dicen” tenemos una parábola sobre el insensato chismorre de vecinos que son cada vez más extraños y hostiles en una realidad urbana empobrecida. “Para que eternamente estés conmigo” aprovecha un per-

sonaje y una historia reales (el fallido asesino de Reagan y su pasión por una actriz de cine) para inventar el monólogo espeluznante de una mente enferma, a la vez, de odio y de amor.

Los cuentos reunidos en la sección IV del libro, están más cerca de la vertiente fantástica, a veces kafkiana en el sentido de que alteran radicalmente nuestra percepción del mundo concreto. “No perdura” funde eficazmente los niveles de una realidad perfectamente cotidiana y el de una película de horror. Procedimientos análogos aparecen en “El polvo azul”, en el que las ratas usurpan el papel de los hombres, y en “Demonios”, que extiende la plaga de los mosquitos más allá de la muerte. Esta tendencia por la fantasía delirante o de horror se encuentra también en las secciones que recogen las microfábulas de Pacheco (“Mínima expresión”, “Cinco ficciones”, “Casos de la vida irreal”), cuentos brevísimos o historias resumidas en dos o tres líneas que se acercan al aforismo o a la poesía.

En su nota preliminar, Pacheco señala que ha corregido los textos originales: los escribió un joven y los publica un escritor maduro. Esa operación revela, sin embargo, que “podemos cambiar todo menos nuestra visión del mundo y nuestra sintaxis” (p. 9). En realidad, estos cuentos no son ni de ayer ni de hoy, sino momentos de un proceso que continúa abierto y en constante revisión: “Prefiero ver en los textos iniciales la colaboración entre un escritor precoz y otro tardío que aún está aprendiendo su oficio” (p. 10). Al final de la nota, Pacheco enfrenta al joven que fue y le habla como si fuese otro: “Ahora tú lees estos cuentos desde tu perspectiva irrecuperable y dime qué te parecen” (p. 13). Cualquier lector puede responder esa pregunta con placer y entusiasmo: no sólo honran a ese joven, sino al espléndido narrador de hoy, que no es el mismo, pero que no se explicaría sin aquél.